

EL ÚLTIMO DÍA DE SALVADOR ALLENDE

Oscar Soto.

Santiago, Aguilar, 1999. 252 páginas, 16 ilustraciones

DANNY MONSÁLVEZ ARANEDA

El libro que nos presenta el médico Oscar Soto se enmarca dentro de los escritos tanto de carácter historiográfico como de índole testimonio personal (el autor es testigo directo de los acontecimientos que narra) y no duda en interpretar buena parte de los hechos vividos. Libros como éstos han sido publicados de una manera significativa en el último decenio tanto defendiendo como criticando lo que fueron los mil días del gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular.

Oscar Soto se encuentra dentro de aquellos sectores de la sociedad que se identifican como cercanos y seguidores de lo que fue el gobierno de Allende, fue uno de los médicos personales del Presidente. Vivió muy de cerca los mil días de la Unidad Popular, siendo testigo privilegiado de lo que el denomina e intitula en su libro *El último día de Salvador Allende*.

Después de las primeras palabras de rigor, la presentación a cargo de Hortensia Bussi de Allende y el prólogo a cargo de José Antonio Martín Pallin, un magistrado español, pasamos a lo medular y a lo que pudiéramos llamar lo más importante del texto escrito por Oscar Soto: su relato cargado de recuerdos y emociones con un tinte de subjetividad, que no tiende a desvirtuar en un grado importante la realidad de lo acontecido en aquel período, pero que por momentos tiende a confundir —especialmente al neófito— en un intento de limpiar la imagen de un Salvador Allende que se encuentra abandonado sin el apoyo mayoritario de su sector, con el hecho de profundizar en algunos sucesos que explican el porqué ocurrieron aquellos lamentables acontecimientos que llevaron al fin del gobierno de la Unidad Popular.

Las tres partes relevantes en que se divide el libro abordan especialmente lo acontecido el año 1973, tanto antes como después del golpe militar. La primera parte del escrito, tal como el título lo señala, "Los últimos meses", relata lo acontecido el año 1973 y específicamente los meses de junio-agosto de aquel año.

Oscar Soto nos cuenta con su particular estilo cómo los sucesos en el país se encaminaban a un callejón sin salida, no llegando a establecerse ningún tipo de acuerdo entre el gobierno con la oposición, como al interior de los partidos que formaban la Unidad Popular. Por otro lado, una de las contribuciones que nos entrega este texto en su primera parte es cómo el general Augusto Pinochet logra ascender a la más alta autoridad dentro del Ejército y el rol que desempeñara en los últimos meses de gobierno marxista de Salvador Allende (págs. 41 y 56).

En la segunda parte se nos da a conocer con el título de "La batalla de La Moneda" —que es algo grandilocuente para lo que realmente aconteció— las horas previas al golpe militar y lo que ocurrió aquel martes 11 de septiembre principalmente al interior del palacio de gobierno. En este capítulo nuestro autor demuestra toda su adhesión a la obra de un Allende sobrepasado por los acontecimientos y toda su crítica para aquellos que el denomina los generales golpistas. Narra cómo fue aquella mañana del día martes hora tras hora, comunicación tras comunicación y los diálogos de los que estaban en La Moneda. Además podemos destacar el punto donde se señala que una comisión de personas (asesores de Allende) salieron de La Moneda con el propósito de parlamentar con los militares y de la cual nunca se tuvo una respuesta. Otro aspecto que se aborda es la muerte de Allende, tildándola como un sacrificio en nombre del pueblo de Chile y de todos aquellos que lo apoyaron.

Uno de los temas centrales que hasta el día de hoy se discute y que el autor también reafirma fue la participación del general Augusto Pinochet en el golpe. Según Oscar Soto, Pinochet se habría sumado a los golpistas sólo 72 horas antes y como prueba de ello nos da a conocer una carta que dirigió el general Pinochet el 7 de septiembre al general Carlos Prats en señal de afecto, aprecio e incondicionalidad a su persona.

En el último capítulo y siguiendo la cronología del libro, se describe lo que el autor denomina "y después". Si después de la muerte de Allende y con los golpistas en el poder, sin duda que la situación política sufrió un vuelco tremendo: los bandos de la Junta Militar fueron ley y orden, las declaraciones de diferentes sectores políticos e instituciones (Partido Demócrata Cristiano, Corte Suprema, Colegio de Abogados y Colegios Profesionales del país) aceptando y justificando lo ocurrido fueron elementos de crítica de un Oscar Soto y de aquellos que por ese entonces no tenían cómo defenderse. Y es precisamente este último aspecto, el de aquellos que sufrieron las persecuciones, detenciones, relegaciones y el exilio, lo que se narra con mayor profundidad en la última parte del capítulo N° 3, especialmente lo que ocurrió con cada uno de aquellos que estuvieron ese día en La Moneda (págs. 131-158).

Para terminar, el libro nos muestra una diversidad de documentos, donde principalmente se destacan aspectos relevantes del gobierno de la Unidad Popular como el programa de gobierno, o algunos discursos de Salvador Allende. Por otro lado, se hace mención a algunos bandos de la Junta Militar y testimonios escritos de la muerte de ciertas personalidades de la Unidad Popular perpetradas por el régimen militar del general Pinochet.

En resumen, un libro más, como lo señalamos al comienzo, de testimonio personal, y para ser redundantes de un hombre proveniente de aquellos sectores que después de un largo periodo de silencio hoy intentan, más que explicar, limpiar la imagen de un Allende –que a estas alturas está limpia, no así la de sus seguidores– que luchó y murió por sus ideales y que lo que ocurrió aquel 11 de septiembre de 1973 no fue su responsabilidad –según Soto– sino más bien fue una trama de aquellos sectores de oposición coludidos con un sector de las Fuerzas Armadas que veían amenazados sus privilegios.

LA SOCIEDAD CIVIL POPULAR DEL PONIENTE Y SUR DE RANCAGUA (1930-1998)

Gabriel Salazar Vergara

Ediciones Sur, Colección Estudios Sociales, Santiago, 2000.

RICARDO VARGAS MORALES

Desde hace bastante tiempo la historiografía chilena está acostumbrada a recibir la prolífica y permanente producción del historiador Gabriel Salazar Vergara, quien en esta oportunidad (marzo 2001) nos presenta un nuevo trabajo histórico social de enorme contribución para el presente de nuestro país.

Su obra se sitúa en las experiencias vividas por un sector significativo de pobladores del poniente y sur de Rancagua, labor en que invirtió un tiempo no inferior a los tres años en la ejecución de su proyecto investigativo.

La sociedad civil popular del poniente y sur de Rancagua (1930-1998) es el título del trabajo y encierra precisamente una de sus claves centrales, que, al decir del propio autor, ha tenido el propósito de rescatar aquellas expresiones de vida construida por los pobladores que lentamente levantaron en este sector de Rancagua sus manifestaciones de existencia social e histórica. Una sociedad civil que busca, más allá de las respuestas entregadas por el Estado, la constitución de una base social que comunitariamente ha ido sorteando las vivencias de la pobreza.

En un breve examen que realiza el autor en su prefacio establece las determinantes de su trabajo, tanto a nivel epistemológico como metodológico, afirmando que la investigación ha utilizado esencialmente la historia oral, esto es, mediante una serie de entrevistas y conversaciones con los pobladores ha logrado sistematizar los recuerdos de sus habitantes. En el transcurso de la narratividad que presenta la obra se registran numerosos y significativos testimonios, incorporando de este modo una proposición metodológica de real participación, donde los pobladores concurren plenamente en la trayectoria y organización del trabajo historiográfico.

En este sentido la obra ofrece un nuevo marco epistemológico hacia una producción de conocimiento desde los propios actores, en donde los recuerdos no fueran mediatizados por otras fuentes, tal como lo expresa Gabriel Salazar:

Que no se iba a adoptar aquella clásica perspectiva desde la ciencia o desde el Estado que los asumía como fríos objetos de estudio o pasivos beneficiarios... (p. 14).

Una primera conclusión que se forma en la lectura de este relato histórico se refiere al accionar del historiador. Este se incorpora con propiedad en un campo muchas veces reservado para otros trabajadores de la realidad social. Resulta interesante esta perspectiva, sobre todo para quienes todavía sostiene la separación de objeto y sujeto de estudio, pues se percibe en esta investigación que el historiador se convierte en un agente historiográfico que transita sin ambigüedades, y con plena apropiación de los nuevos espacios historiográficos, cuestión que posibilita la generación de innovadores códigos interpretativos, tan necesarios para sistematizar el discurso histórico de los sectores populares.